



**Los profesionales en los
programas
intergeneracionales.
Algunas reflexiones de fondo**

Juan Sáez Carreras e Margarita Campillo Díaz

*La vida, para mí, no es una vela que se apaga. Es más bien una
espléndida antorcha que sostengo en mis manos durante un momento y
quiero que arda con la máxima claridad posible antes de entregarla a
futuras generaciones*
George Bernard Shaw

Introducción. Pensar lo intergeneracional con los pies en el suelo

Cuando se piensa en los profesionales que trabajan las relaciones intergeneracionales, las reflexiones y preguntas son inevitables y las imágenes re-creadas en nuestra mente, insoslayables: ¿cómo pensar, y practicar, una relación entre generaciones, una práctica intergeneracional más contingente que trascendente, más cercana al pensamiento situado que a la especulación abstracta que no toca el suelo de la experiencia y la interacción, que no logra que el verbo se haga carne?; ¿cómo y de qué manera, pensando en nuestra profesión de formador, capacitar a los actuales/futuros profesionales de actividades intergeneracionales de modo tal que sean capaces, a su vez, de recrear prácticas intergeneracionales «con los pies en el suelo», sin necesidad de tomar como referencia dogmas abstractos, discursos con vocación universalista o producciones teóricas ansiosas de convertirse en verdades para siempre?; ¿podemos promover una formación que evite el excesivo énfasis en aquellos análisis conceptuales que operan en el vacío y se mueven entre un conceptualismo inocuo y un deductivismo hoy ya intolerable?; ¿en qué consisten las prácticas intergeneracionales que se mueven en esos programas intergeneracionales y qué es lo que encierran de diferente para distinguirlas de otras prácticas y acciones sociales tan tipificadas por las profesiones sociales reconocidas actualmente?; ¿y cuál es el profesional más acorde y preparado

para diseñarlas, propiciarlas e impulsarlas para mejora y beneficio de los implicados en ellas?

Todas estas preguntas sirven de telón de fondo sobre el que va a tomar forma el presente artículo o colaboración que abordamos a continuación sintetizando nuestros objetivos y el clima conceptual que lo preside. En la filosofía de este artículo campea el siguiente espíritu: deseamos encontrar una forma de hablar, de decir diferente, sobre cómo se entiende y se puede practicar, después de haber «descendido» al suelo de las situaciones, el campo intergeneracional y la formación de profesionales vinculados a él. Tal intento supone plantear cuestiones pero también problematizar. Contra lo que se suele pensar, y si se acude al diccionario, *problematizar* no significa atacar, quejarse o ejercer juicios descalificantes, sino pensar en lo que nos acontece y entender sus motivaciones invitándonos a componer, proponer y disponer esfuerzos para buscar nuevas coherencias relativas, en este caso, al conocimiento y a la acción intergeneracional.

Contextualización. Estado actual de la cuestión

Si se hace un balance cuantitativo de la participación de los profesionales de los programas intergeneracionales llevados a cabo en las diferentes geografías nacionales e internacionales puede comprobarse el número amplio de especialistas que colaboran en el diseño, implementación, promoción y evaluación de los mismos. Pero, en primer lugar, apenas existen estudios sobre la intervención de los profesionales en tales programas intergeneracionales y, en segundo lugar, aún son menos numerosos los trabajos relacionados con una figura profesional particular vinculada específicamente al trabajo intergeneracional. Sabemos, en el primer caso, que toda una gama variada de profesionales, de acuerdo con los supuestos, contenidos, objetivos y logros de los programas intergeneracionales, son convocados a aportar sus conocimientos y estrategias a sus respectivos desarrollos. Tal y como pone de manifiesto la revisión de la literatura especializada, la nómina de profesionales es tan amplia como la diversidad de sus contribuciones. Y tenemos cierta información acerca de qué es lo que opinan sobre el programa intergeneracional al que han contribuido por las evaluaciones que los conductores de los programas realizan para ponderar sus logros.

MacCallum et al. (2006) utilizaron, para el caso de Australia, el grupo de discusión y las entrevistas para obtener conocimiento sobre los programas intergeneracionales que examinaron a través de la opinión/percepción de coordinadores de unos cuantos de esos programas, investigadores, profesores, músicos, historiadores, trabajadores sociales, gestores de la administración, educadores, psicólogos, directores de escuela, etcétera. Trabajo similar se llevó a cabo a nivel nacional por el equipo de investigación, coordinado por Mariano Sánchez, que está realizando el proyecto *INTERGEN: Descripción, análisis y valoración de los Programas Intergeneracionales en España* (2006/2007) en el que, además de escuchar a mayores, jóvenes y niños

participantes en programas intergeneracionales, se está obteniendo información de aquellos profesionales que pueden contribuir con su opinión a construir una evaluación más sólida de esos programas intergeneracionales, y a tener una visión más completa de los efectos que las acciones de tales agentes, los profesionales entrevistados, tienen sobre sus respectivos y particulares compromisos con los programas. También la investigación coordinada por el profesor Sáez (2007-2009) ahonda aún más en los procesos de profesionalización del trabajo intergeneracional. En el Proyecto INTERGEN-PROF, avalado y subvencionado por el IMSERSO se escruta y estudia, específicamente, la relación de los profesionales de la acción social y sus modos de actuar en programas intergeneracionales de diverso tipo.

Pocos ejemplos más podrían sumarse a esta breve nómina de exploraciones sobre programas intergeneracionales en las que lo profesional, de alguna manera, está presente. Así Perlstein y Bliss (1994) y Osborne y Bullock (2000) muestran su interés -aunque no sean estudios centrados en el profesionalismo de alguna de las figuras profesionales vinculadas a lo intergeneracional- en poner de manifiesto la inexcusable colaboración de diferentes actores, desde sus respectivos campos de intervención, al diseño, planificación y desarrollo de un buen número de programas intergeneracionales (ver en MacCallum et al., 2006).

No nos olvidamos de los análisis más detenidos y más sistematizados que conocemos sobre el «trabajo intergeneracional profesional» como son el de Rosebrook y Larkin (2003), *Introducing Standards and Guidelines: A Rationale for defining the knowledge, skills, and dispositions of Intergenerational Practice* y también el de Sánchez, Larkin y Sáez (2004) titulado *Professionalization of the Intergenerational Field? Why, when and how?* Merece la pena detenernos en los puntos que, en relación con nuestro tema, abordan cada uno de estos dos textos, sobre todo pensando en el tipo de aportación que, al contrastarlos, pueden hacer a nuestro planteamiento y enfoque.

La visión de Rosebrook y Larkin sobre el especialista intergeneracional

Estas dos autoras norteamericanas formulan toda una serie de «orientaciones para el trabajo intergeneracional profesional» en las que apuestan decididamente por el especialista intergeneracional, un profesional que pone en juego competencias y capacidades. No cabe duda de que nuestras autoras son las casi únicas investigadoras de referencia en el tema de las capacidades profesionales vinculadas al perfil del especialista intergeneracional. Perfil del especialista que obedece a una serie de principios y capacidades que podemos recoger de manera organizada en los siguientes cuadros:

El especialista intergeneracional se apoya en conocimientos procedentes fundamentalmente del área de los estudios del desarrollo humano en el ciclo vital, y los utiliza para planificar y ejecutar programas efectivos que reúnan a personas jóvenes y mayores para su mutuo beneficio.

El especialista intergeneracional reconoce la necesidad de apoyar el desarrollo de las relaciones intergeneracionales y utiliza de manera efectiva la comunicación para ello.

El especialista intergeneracional entiende y demuestra un compromiso con respecto a la colaboración y al trabajo en asociación con otras personas y entidades.

El especialista intergeneracional, a la hora de desarrollar un programa, integra saberes procedentes de varios campos relevantes como la psicología, la sociología, la historia, la literatura, la pedagogía y las distintas artes, entre otros.

El especialista intergeneracional utiliza técnicas de evaluación apropiada, adaptada de los campos de la educación y de las ciencias sociales, con el fin de informar sobre la marcha y los logros del programa en grupos y contextos diversos.

El especialista intergeneracional es un profesional reflexivo, comprensivo y afectuoso cuyo propósito fundamental es el de poner en contacto a jóvenes y mayores para el mutuo beneficio de estos.

En suma, el especialista intergeneracional, según este enfoque, es el profesional que moviliza toda esta serie de recursos, estrategias y habilidades con la intención de que tengan lugar, tanto en el diseño como en la ejecución, el encuentro de chicos, mayores y jóvenes, a fin de lograr aquellos objetivos previamente formulados y satisfacer las necesidades personales, culturales, sanitarias, económicas, etcétera, que, como individuos y sujetos, tienen.

Si se analiza con detenimiento la propuesta de capacidad de nuestras autoras nos percatamos de que se trata de la versión clásica y, por lo demás predominante, de las profesiones sociales y sus tradicionales competencias. Esta formulación del perfil profesional que tiene o debe tener el especialista intergeneracional, a juicio de Rosebrook y Larkin (2003), presenta una gran virtud pero también una dificultad, a nuestro juicio. La virtud es que va asociada a una serie de rasgos y características, de funciones y tareas que comparte con cualquier otra profesión social: identificar/diagnosticar necesidades, planificar, intervenir, proponer alternativas, utilizar ciertos recursos y estrategias, propiciar el uso de las metodologías más adecuadas, evaluar, etcétera, en suma, todas aquellas responsabilidades y competencias que son comunes a toda profesión social y que son construidas, sostenidas y orientadas al conocimiento del sujeto, de la persona mayor o menor, individual o grupal, y

de sus problemas. Queda por definir, y Larkin y Rosebrook no lo abordan, lo que de propio y específico tiene el especialista intergeneracional, el profesional del que hablan.

Sin embargo, lo que hemos calificado de virtud, paradójicamente –he aquí la dificultad - está impidiendo visualizar la emergencia, configuración y competencias de un perfil del profesional que específicamente trabaje lo intergeneracional. De acuerdo con el planteamiento de Rosebrook y Larkin cualquier profesional de lo social, la salud, la economía, etcétera, podría autodenominarse *especialista intergeneracional* en la medida en que su trabajo en PIs fuera reconocido y explícito. Y es evidente que las colaboraciones de todos estos profesionales son necesarias para la materialización de los programas intergeneracionales; de hecho, compartimos con Manière, Aubert, Mourey y Outata (2005) el supuesto y la defensa de una potente *interprofesionalidad* en el campo de los mayores, en sus diferentes dimensiones y actividades.

Pero ésta no es la cuestión que dirige nuestra reflexión; más bien es esta otra: al pensar en el profesional de la intergeneración, ¿necesitamos pensar en un profesional diferente (de la psicología, de la política, de lo social, de la educación, de la economía, de la salud, etcétera), «experto» no en el sujeto, al que damos por supuesto (está ahí, es un individuo biológico, diferenciado de otros), sino *en las relaciones*, en la medida en que lo intergeneracional convoca y connota la interacción y el encuentro de sujetos de diversas generaciones? Esto último constituye la base sobre la que se apoya lo que queremos decir en el presente artículo.

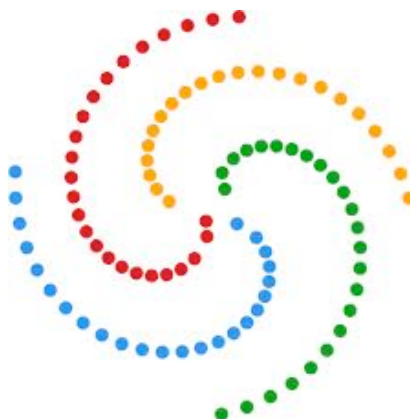
Nosotros pensamos que el profesional intergeneracional es una figura que se ocupa de aquello que acontece entre dos o más sujetos de diferentes generaciones y de los efectos que, con motivo de la actividad conjunta, se provocan en cada uno de ellos como individuos autónomos. Más adelante nos detendremos en este tema al formular y argumentar nuestra posición sobre el especialista intergeneracional.

El trabajo de Sánchez, Larkin y Sáez o la apuesta por un enfoque profesionalizador

Este segundo análisis, que fue objeto de debate en 2004 durante el Congreso del Consorcio Internacional para los Programas Intergeneracionales (ICIP), da un paso más allá y se adentra en otro camino. Trata de preguntarse por la ocupación de experto en programas intergeneracionales - en ciernes en los últimos veinte años - desde una posición interesada por el campo intergeneracional y por sus prácticas pero conectada con la necesidad actual de crear vínculos en tiempos de desconexión social, de anudar las generaciones, de recrear las políticas sociales desde ópticas menos sectoriales.

En este caso la pregunta que se hacen Sánchez, Larkin y Sáez es la siguiente: ¿cuál es el profesional que puede responder a estas tareas? ¿Aquel profesional clásico-médico, trabajador social, psicólogo, educador, sociólogo, etcétera, cuya contribución a los desarrollos de los programas intergeneracionales es ya conocida de todos los involucrados o una nueva figura con perfil diferente? Para responder a ello los autores bucean en la teoría de las profesiones y en los procesos de profesionalización que las impulsan y las promueven.

El enfoque de Sánchez, Larkin y Sáez (2004), apoyado en el concepto de profesionalización y en la contribución y recursos que los citados actores hacen a este proceso, permite explicar y apuntar algunas de las respuestas a las preguntas formuladas y obtener, por tanto, cierta aproximación, una imagen más comprensiva del recorrido realizado, a pesar de su corta historia, por esta posible, y para nosotros necesaria, figura profesional. En un apartado posterior seguiremos profundizando en esta cuestión.



Ante este enfoque procesual, histórico y dinámico de las profesiones, ¿cabe hablar de un profesional, especialista en intergeneración y, por tanto, con un perfil definido en función de su ámbito de intervención (es el adjetivo de la expresión programas intergeneracionales, lo *intergeneracional*, el que identifica ese perfil). Y, si la respuesta es afirmativa, ¿cuál ha sido y está siendo su proceso de profesionalización aquí, en España y en otros países?; ¿ha surgido, desde sus inicios, en un proceso de diferenciación nítida frente a otros profesionales?; o, por el contrario, ¿emerge este profesional de otras profesiones anteriores configurándose, progresivamente, con una propia particularidad?; ¿en qué consiste la particularidad que distingue y diferencia al especialista intergeneracional de otras profesiones sociales?; ¿en qué se solapan y en qué se diferencian estas profesiones ya asentadas y visualizadas en el sistema social del especialista o profesional de la intergeneración?; ¿se están formando los profesionales que trabajan la intergeneracionalidad en un campo de competencias y especialidades vinculadas a la relación y no tanto a los individuos per se, de modo tal que puedan contribuir al incremento de los beneficios y objetivos perseguidos por los programas intergeneracionales? Más preguntas que nos ayudan a avanzar.

El profesional de lo intergeneracional tiene ante sus ojos, en lo obvio, la clave para su reconocimiento como tal profesional: centrarse en las relaciones que mantienen los participantes en los programas. Y nos parece que éste es el momento adecuado para plantear el tema que da o puede dar definición al perfil de un profesional de la relación: justamente el concepto de intergeneración.

La potencialidad del concepto inter-generación en la construcción del perfil profesional.

Un profesional de lo intergeneracional no puede resumir sus funciones y competencias en el trabajo de poner en contacto a personas de diferente edad y que sea éste el criterio que dirima el tipo de interacción que va a existir entre ellas. La edad no dice nada de una persona salvo el tiempo que, como organismo que es, ha pasado por ella (Jullien, 2005). Para las ciencias de la salud o las jurídicas, por citar sólo dos ejemplos, la edad ha sido, respectivamente, un indicador de procesos de declive o de apertura a según que derechos. En el terreno de las ciencias sociales el edadismo es un enfoque perturbador que determina políticas y estrategias sesgadas, desafortunadas y segregadoras en lugar de integradoras y solidarias. Del concepto de intergeneración nos parece más interesante, para nuestros objetivos, el prefijo «inter» que el propio sustantivo, generación: por lo demás, las generaciones no se definen por la edad - aunque ésta sea necesaria a todo ser vivo para definir su tiempo de existencia - sino por la época en que ellas vivieron; si queremos saber sobre las generaciones tenemos que acudir a estudiar «los escenarios de época», «el espíritu de la época», y otras expresiones similares asociadas a culturas y contextos.

Resulta tan inútil como obsoleto enfatizar la edad de los individuos que, supuestamente, y por cubrir una misma etapa temporal, han de compartir ciertos valores, actitudes y creencias. La edad de quienes participan en un programa intergeneracional hay que darla por supuesta; lo que interesa de la relación entre generaciones es lo que, por tener esa edad (biografía, experiencia, cultura, valores, etcétera, pero sobre todo deseos, motivaciones, intereses, etcétera), las personas intercambian, consensúan objetivos comunes, explícita o implícitamente, porque lo deciden así (más común en el caso de las personas mayores) o por derivación adulta (es el caso de unos padres que dan el permiso para que sus hijos participen en un programa intergeneracional o, o por poner otro ejemplo, los directores de colegio que promueven o facilitan la entrada y participación de los mayores en una actividad intergeneracional en ese colegio). Las variables y elementos que entran en juego en un programa intergeneracional son muchos y no es la edad la que los determina. Esto es algo que un profesional que trabaje en el terreno de los programas intergeneracionales debería tener bien claro.

Lo intergeneracional como continuum vital

Quien nos ha hecho pensar más en este concepto, al que ha dado una interpretación más que coherente y relevante, ha sido Vercauteren y su equipo a través de algunas de sus obras más reconocidas y problematizadoras (1994, 1995, 1996, 1999). Sus reflexiones acerca de cómo los profesionales de las Ciencias Sociales encaran el tema de las relaciones entre generaciones nos permiten plantear dos ideas.

La primera idea aborda el hecho de que las profesiones sociales (educadores, psicólogos, trabajadores sociales, economistas, antropólogos, demógrafos, gerontólogos, politólogos, etc.) están hoy, sobre todo, basadas en disciplinas, que son campos de conocimiento fragmentados que imponen su hegemonía los unos sobre los otros sin ninguna interrelación (Becher, 2001); esas disciplinas tratan de diagnosticar y dar razón de ser de un individuo, de un sujeto, que actúa y se mueve en un medio social lleno de estereotipos generacionales que clasifican y categorizan la vida por problemas, por fases, por edades, etcétera. Tales profesionales han determinado, legitimado y sostenido una visión estereotipada de los problemas sociales y una estandarización mecánica de las respuestas a los mismos, hasta tal punto de que la mayoría de sus intervenciones y prácticas sociales están orquestadas *por problemas*, son planificadas *para resolver el problema* que tiene el sujeto, sea este individual o colectivo (Castel, 1989, 1997). Esta lógica disciplinar ha ido configurando y conformando la formación de profesionales capacitados en el dominio de categorías, de representaciones, de identidades vinculadas a problemas. Al profesional intergeneracional le podría ocurrir lo mismo: que su existencia se justifique porque tiene que diagnosticar, intervenir, supervisar o controlar con eficacia los problemas de niños, jóvenes, adultos o personas mayores. Esta manera de entender el trabajo de quienes están al frente de un programa intergeneracional es peligrosa; al final, podríamos llegar a pensar que el problema son los niños, los jóvenes, los adultos o las mismas personas mayores.

No cabe duda, a poco que se analice detenidamente, que un buen número de propuestas relacionadas con la práctica intergeneracional están impregnadas de cierta terminología clínica: diagnóstico, intervención, supervisión, control, eficacia, etcétera, que se orientan más a un sujeto, a una persona o a un grupo (por ejemplo, la persona mayor o las personas mayores y sus problemas) que a las relaciones entre las personas y a lo que acontece durante y después del encuentro intergeneracional. Nosotros, en cambio, apostamos porque lo que distinga al profesional intergeneracional sea su atención a las relaciones y no a los sujetos en cuanto que individuos.

La segunda idea a plantear, que nos han sugerido los trabajos de Vercauteren, es la siguiente: el término intergeneración remite a la lógica del *continuum vital*, existencial, lógica que es opuesta a esa fragmentación personal y social que ha ido dominando nuestras sociedades a partir de la era industrial; es a partir del trabajo industrial fordista cuando se expande la imagen de que la vida es un proceso cerrado que se divide en tres fases: formación, trabajo y jubilación. Según esta imagen, que ha prevalecido y aún prevalece en muchos ámbitos, cada edad está exageradamente especializada (los niños y jóvenes deben formarse, los adultos, trabajar, y las personas mayores, a jubilarse).

Esta forma de concebir la vida, por etapas cerradas, ha dado lugar, consciente e inconsciente, a los más diversos conflictos intergeneracionales y a otro tipo de consecuencias que segregan y desvinculan a las personas. El edadismo que acompaña a este planteamiento discontinuista golpea a las personas de

mayor edad y a otras más jóvenes. El profesional formado en esta lógica entiende la intergeneración como una simple interacción de dos generaciones y no ha captado la cultura del arco vital que hay detrás de lo intergeneracional (Vercauteren, 1995).

La lógica intergeneracional que creemos que necesita adoptar el profesional de los programas intergeneracionales es la lógica del continuo vital, no la edadista y discontinuista que acabamos de describir. Nuestra postura exige pensar en un profesional diferente, capacitado para diseñar, auspiciar, promover y valorar la relación en la que se encontrarán los sujetos. Un profesional de la relación como el que vislumbramos, si bien entenderá los primeros encuentros entre personas de distintas generaciones como acontecimientos iniciales que precisan de animación, tendrá como verdadera labor no el realizar un o unos programas concretos sino la promoción de una cultura intergeneracional - pensando en *una sociedad para todas las edades*.

Las profesiones ante la intergeneracionalidad. Visión de conjunto

Esta división implícita, no siempre argumentada, entre profesiones y profesionales orientados por los sujetos (con problemas) o profesionales interesados por las relaciones, nos parece que es muy fecunda para

profundizar en las realidades, también en los futuros imperativos, asociados a esta figura profesional que es el especialista intergeneracional. Por ello, y sólo con fines analíticos, evidentemente, proponemos distinguir entre:

a) Aquellos profesionales que actúan en la intergeneracionalidad orientados por las edades, etapas y problemas (en donde las generaciones, aunque se midan en clave temporal, son diferentes y plurales) y manteniendo una concepción fragmentaria, no continua. Esta visión o imagen de la intergeneración acaba obviando el *entre* y favoreciendo una traducción estática y temporal de las generaciones, que son observadas y utilizadas como *comunidades fragmentarias*. Los programas intergeneracionales conducidos, orientados y coordinados por un profesional instalado en esta lógica no suelen pasar de lo anecdótico de juntar varias experiencias particulares y, por ende, no alcanzan la verdadera sistematización ni todo el potencial de las prácticas intergeneracionales;

b) Por otro lado, están aquellos otros profesionales que, más allá de edades, etapas y problemas, conciben que su trabajo consiste en contribuir a la construcción de una «nueva cultura comunitaria del envejecimiento o una nueva cultura intergeneracional». Esto significa pensar más desde la vida y menos desde las representaciones. El lenguaje se le queda corto a estos profesionales para poder decir todo lo que (nos) pasa en las relaciones intergeneracionales; es en los proyectos y prácticas intergeneracionales donde se puede seguir *haciendo* mundo, relación, conversando con el mundo y sus multiplicidades. La tarea no es estéril y vale la pena emprenderla. Este segundo tipo de profesionales mantiene una concepción distinta del concepto

de intergeneración. El trabajo de Nancy (2006) es absolutamente innovador a este respecto, y permite entender la fortaleza de nuestro empeño fundamentero. Su tesis es contundente y cada vez más compartida:

Son las relaciones las que configuran y construyen al sujeto y no al contrario. La verdadera naturaleza del ser humano es el con y el entre que se materializa en las relaciones, no en el sujeto aislado, dividido y fragmentado por etiquetas, problemas y edades y, por tanto, cerrado y clausurado en sí mismo.

Esta última afirmación necesita de explicación ya que le plantea al profesional de la intergeneración una doble tarea, como mínimo:

1) Le propone partir de un pensamiento acerca de las condiciones de nuestro ser-y-estar-en-el mundo

2) Le invita a hacer un ejercicio de lectura y escritura de las formas que toma lo-que-pasa-entre-nosotros (dimensión política y ética), dos responsabilidades profesionales obligadas si se está interesado en saber lo que verdaderamente sucede en las prácticas intergeneracionales.

Este profesional tiene que empezar por pensar las relaciones entre los sujetos, entre las cosas, antes que los sujetos en sí o las cosas en sí, y celebrar un lenguaje de las relaciones, de las articulaciones y procesos.

Bajo estos supuestos que estamos exponiendo, el concepto de intergeneración adquiere una lectura nueva que se configura como la legítima plataforma sobre la que, a nuestro entender, debe apoyar sus acciones el profesional de la práctica intergeneracional. La intergeneración aparece así como fundamento de los programas intergeneracionales pero también como el ámbito de intervención sobre el que el profesional de la relación construye o irá construyendo el perfil de su profesión a lo largo del tiempo, si se decide, con el concurso de los actores citados (el mercado, la universidad, el Estado, etc.), a propiciar su proceso profesionalizador.



En última instancia, el profesional de la práctica intergeneracional actúa pensando en las relaciones (y en el *crecimiento relacional*), buscando la implicación (no provocada ni artificial) en el *encuentro intergeneracional*. Este profesional pone o debe poner en juego una serie de competencias que materialicen el *aprendizaje*, el *apoyo* y la *afección* (lo que *afecta* a los sujetos en la relación: los estilos, las percepciones, los gestos, las miradas, los flujos, los cuerpos, etc.). Estas competencias serían interpretadas como aquellos recursos (cogniciones, sentimientos, percepciones, contenidos/saberes, etc.) que se movilizan en

determinadas condiciones metodológicas que él, el profesional intergeneracional, debe preparar a la hora de poner en marcha un programa intergeneracional. Citamos a continuación algunos de esos recursos:

Un escenario o territorio concreto donde se produzcan cambios en las relaciones

Una modificación del tiempo adaptada a los ritmos de los participantes (donde ninguna lentitud o discapacidad justifique la exclusión de la participación)

Un conjunto de metodologías, prácticas y competencias que faciliten diferentes estrategias de intervención, el trabajo en grupo, la puesta en común de diferentes grados de habilidad, modalidades de acción diferentes en relación a las destrezas y conocimientos consolidados por la experiencia; y todo ello en pos de crear un clima en el que el especialista intergeneracional active relaciones, medie entre ellas, haga realidad el encuentro entre generaciones (que no es sólo un encuentro de edades) formulando objetivos que ya se sabe que no se pueden predecir ni cuantificar totalmente, aunque sea con la excusa de la eficacia y la operatividad.

Los beneficios que mayores y pequeños, jóvenes y adultos obtengan de esta relación, de esta práctica intergeneracional, es un patrimonio que sólo a ellos corresponde medir. ¿Qué les corresponde entonces a los profesionales? Facilitar y asegurar que tenga lugar el encuentro. Ésta es la tarea clave de un profesional de los programas intergeneracionales.

Data de recebimento: 18/09/2012; Data de aceite: 20/09/2012.

Referencias

- Becher, T. (2001). *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*. Barcelona: Gedisa.
- Castel, R. (1989). *La gestión de los riesgos*. Barcelona: Anagrama.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Barcelona: Paidós.
- IMSERSO (2006). Curso de Gestión de Programas de Intervención Intergeneración. Documento policopiado.
- Jullien, F. (2005). *Del tiempo*. Madrid: Arena Libros.
- MacCallum, J. et al. (2006). *Community Building Through Intergenerational Exchange Programme*. Australia: National Youth Affairs Research Scheme.
- Manière, D., Aubert, M., Mourey, F. y Outata, S. (Coors.) (2005). *Interprofesionalité en Gerontologie*. Paris: Editions Érès.

- Nancy, J. L. (2006). *Ser singular/plural*. Madrid: Arena Libros.
- Osborne, S.S. y Bullock, J.R. (2000). Intergenerational programming in action: Befrienders. *Educational Gerontology*, vol. 26, 2, 169-182.
- Perlstein, S. y Bliss, J. (1994). *Generating Community: Intergenerational partnerships through the Expressive Arts*. New York: Elders Share the Arts.
- Rosebroock, V. y Larkin, L. (2003). Introducing standards and guidelines: A rationale for defining the knowledge, skills, and dispositions of intergenerational practice. *Journal of Intergenerational Relationships*, vol. 1, 1, 133-144.
- Sáez, J. (2007, 2009). *Investigación sobre los profesionales que trabajan las relaciones intergeneracionales*. Proyecto INTERGEN-PROF. Madrid: IMSERSO.
- Sánchez, M., Larkin, E. y Sáez, J. (2004). Professionalisation of Intergenerational Field? Why, when and how? Ponencia no publicada, *ICIP Second Biennial Conference Global Challenges, Future Directions: Intergenerational Programmes, Research and Policy*. Victoria, Canadá, 3-5 Junio de 2004.
- Vercauteren, R. (1994). *Animer une maison de retraite*. Paris: Érès.
- Vercauteren, R. (1995). *L'intergénération en Europe. Recherche et dynamization de la cohésion sociale*. Paris: Érès.
- Vercauteren, R. (1996). *La Dépendence des personnes âgées. Des services aux personnes âgées au gisements d'emplois*. Paris: Érès.
- Vercauteren, R. (1999). *Faire vivre le projet des établissements pour personnes âgées: Manuel des pratiques du projet de établissements pour personnes âgées: Manuel des pratiques du projet de vie*. Paris: Érès.

Juan Sáez Carreras - Catedrático de Pedagogía Social. Autor, entre otras muchas obras, de "Pedagogía Social: pensar la Educación Social como profesión" (2006) y "Pedagogía Social y Educación Social. Historia, profesión y competencias" (2007). Sus líneas principales de investigación se orientan al estudio de las profesiones sociales y educativas, con sus respectivos procesos de profesionalización, educación a través del arte, personas mayores, epistemología de la educación. E-mail: juansaez@um.es

Margarita Campillo Díaz - Profesora de la Facultad de Educación de la Universidad de Murcia. Autora, entre otras obras, de "La Formación de los educadores: Educación Social en la escuela y en la comunidad (de las prácticas profesionales y el empleo" (2000). Sus principales líneas de investigación son: ambiental, mayores, profesiones y profesionalización. E-mail: marga@um.es